

“EL PECADO DEL MUNDO” (Juan 1,29b)

Afrontamos hoy un tema delicado, “el pecado del mundo”, que está tomado del evangelio de Juan, y que nos dará pie para examinar el concepto de pecado en general, y, de modo particular, en nuestra cultura católica de Italia. Como sabéis, nuestra nación ha sido muy influenciada por la presencia secular del reino pontificio, lo cual ha producido un proceso de aculturación acelerada de las reglas del catolicismo. De hecho, la idea del pecado fue inculcada en nuestra mentalidad de forma forzada y así ha permanecido desde tiempos remotos. Tanto es así que en Italia usamos el término “pecado” casi en cualquier situación, lo cual constituye un fenómeno propio solamente de nuestra nación. Es un “pecado” que yo me encuentre mal, es un “pecado” el mal tiempo que hace, es un “pecado” cuando algo va mal, cuando algo se rompe, cuando no nos acordamos de algo..., en definitiva, empleamos el término para todo aquello que es negativo. Esto nos permite comprender hasta qué punto estamos invadidos por esta cultura obsesionada por el pecado.

Os digo esto para haceros ver hasta qué punto nuestra cultura está impregnada de una obsesión desmedida por el pecado, obsesión de la cual nos estamos intentando liberar poco a poco a partir del Concilio Vaticano II, poniendo para ello de relieve las enseñanzas de la Iglesia basadas en el mensaje del evangelio. Tratemos, pues, de comprender en base a la Escritura y al mensaje de Jesús en qué consiste en verdad el pecado. Pero nos referimos al pecado verdadero, no tanto al pecado “cultural”. ¿Qué quiere decir “pecado cultural”? Pecado cultural indica aquél pecado que permanece en la historia del hombre por un determinado espacio de tiempo, hasta que el ser humano se percata de que ese hecho determinado no podía ser considerado en absoluto un pecado y lo borra de la lista de infracciones religiosas.

En otras palabras, las distintas corrientes de pensamiento teológico pretendían enseñar con toda su fuerza de verdad que cierta conducta era pecaminosa; y ¿qué sucedía?: la gente lo cree, obedece, actúa conforme a esos principios, pero más tarde cambia la teología y, en consecuencia, desaparece el pecado. Como comprenderéis, esto no es serio; no puede haber contraórdenes que establezcan de repente que ahora ya no se incurre en pecado. Os pongo un ejemplo: recordaréis que antes de la reforma conciliar

comer carne los viernes era considerado un pecado mortal, y el cristiano que incumplía esa norma quedaba separado de Dios. Es claro que es éste uno de los resultados penosos del embobecimiento producido por aquél modo de vivir la religión que conduce al hombre a pensar de forma cretina, ya que a todas luces no es proporcionado el hecho que se condena con el castigo que se derivaba del mismo.

El caso es que esta insistencia enfermiza en el pecado había provocado que la religión impidiera a las personas pensar por sí mismas. Se enseñaba que era necesario creer sin cuestionar aquello que las autoridades religiosas habían decidido que era o no era verdad. Y esto ocasionó – lo ha reconocido incluso el Concilio Vaticano II – un gran éxodo de todas aquellas personas que pensaban con su propio cerebro y no aceptaban una situación semejante. Hasta tal punto que esto se convirtió en una de las fuentes del ateísmo: de hecho, dice el Concilio que si muchos no creen en Dios es, en parte, debido a la imagen de Dios que nosotros les hemos presentado.

Si nosotros presentamos un Dios que te prohíbe comer carne un día a la semana (¿quién sabe por qué motivo?) y resulta que si la comes incurres en un delito grave, como un pecado mortal, en definitiva estamos alejando a las personas de Dios. Así pues, está claro que existen pecados que son fruto de la cultura, pertenecen a un cierto periodo de la historia de la Iglesia, pero hoy día no es posible sostenerlos por más tiempo. En el caso del abstenerse de la carne, ¿qué es lo que había dicho Jesús?: lo importante no es lo que entra por la boca, para la relación con Dios lo realmente decisivo es lo que sale del corazón. No cuenta lo que comas o dejes de comer, pero la religión se aferra a la observancia de estas reglas secundarias.

Veamos entonces en una breve panorámica cuál era el sentido que se le atribuía al pecado en tiempos del Nuevo Testamento, cuál era la mentalidad ante la que se encontró Jesús, y cómo él la transformó desde dentro de forma radical. En el Antiguo Testamento no existe una palabra para definir el pecado tal como nosotros lo entendemos, es decir, no existe el sentido “teológico” del mismo. Hay palabras relacionadas que tienen que ver con el pacto entre Dios y el pueblo de Israel, en relación a la observancia de la Ley: por ejemplo, infidelidad, ruptura del pacto, iniquidad, rebelión, etc. Así pues, el sentido del pecado estaba siempre en relación con el pacto que

Dios había hecho con su pueblo. Pecar era ser infieles al pacto, transgredir la ley de Dios.

Después, un día al año, en una celebración que en hebreo se llama Yom Kippur (Yom quiere decir día, Kippur significa perdón), el sumo sacerdote imponía las manos sobre una cabra, el famoso chivo expiatorio, sobre el que descargaba las culpas de pueblo – cualesquiera que fuesen – y a continuación este chivo era enviado al desierto para que allí encontrara la muerte. Y al pueblo le quedaban perdonadas todas sus culpas. Pero un siglo antes del nacimiento de Jesús una secta naciente, la de los fariseos, elaboró una doctrina nueva relativa a lo “puro e impuro”, de manera meticulosa y puntillosa, y el sentido del pecado empezó a invadir toda la vida del creyente hebreo.

¿Quiénes son los fariseos? El término “fariseo” quiere decir “separado” porque sus adeptos, observando todos los dictámenes de la Ley, se separaban de los demás; pues bien, estos fariseos habían conseguido extrapolar de la Ley de Moisés hasta 365 acciones que estaban prohibidas. 365 como los días del año, más 248 acciones que eran consideradas obligatorias, correspondientes a los 248 componentes del cuerpo humano entonces conocidos. Como veis, era una vida obsesionada con el cumplimiento de las normas porque, estando así las cosas, se corría el riesgo de cometer pecado en todo. Por ello, Jesús se encuentra ante una situación en la que los hombres no consiguen percibir ya el Amor de Dios y se sienten continuamente en una situación de pecado. Como hemos dicho, los fariseos habían extrapolado de la Ley tantas situaciones que no tenían el sentido teológico de pecado que manejamos nosotros, su sentido es el de la pureza y la impureza. Puro significa que puedes entrar en relación con Dios, impuro quiere decir que dicha relación queda clausurada.

Pero la impureza acontecía también en los aspectos más fisiológicos de la vida cotidiana, en los aspectos normales de la vida, por lo que las personas al final acababan encontrándose casi siempre sumidas en una situación de impureza; en este caso, como casi siempre ocurre en la religión, la víctima era la mujer. Si para el hombre había periodos en los que podía considerarse puro, para la mujer, en cambio, no existían tales momentos de reposo. La menstruación la hacía impura, el hecho de mantener relaciones sexuales con el marido igualmente, la misma maternidad la hacía impura. En definitiva, estaba relegada a una condición perenne de impureza.

Como vemos, Jesús se enfrenta a una situación en la que entre Dios y los hombres se piensa que existe una capa espesa que los separa: la capa del pecado. Y la gente llega a estar convencida de que efectivamente determinadas situaciones impidan la relación con Dios. Así pues, he aquí la novedad que traen los evangelios, que trae Jesús, y que se basa sobre todo en la nueva relación que él propone entre los hombres y Dios. La propuesta de la religión oficial era la que había planteado Moisés, el siervo de Dios, y consistía en un encuentro entre los siervos y su señor fundamentado en la obediencia. Pues bien Jesús – los evangelistas presentan en él la plenitud de la divinidad – presenta algo nuevo: una relación no ya entre siervos y su señor, al que deben obedecer, sino basada en una relación de amor.

Para proponer este nuevo modo de entender las cosas ¿qué hace Jesús? De forma clamorosa, y por primera vez en la historia de las religiones, Él mismo establece lo que es puro y lo que es impuro – en otras palabras, lo que nosotros entendemos como el sentido del pecado – pero de entre las cosas que hacen puro al hombre Jesús excluye la divinidad. Esto es algo sorprendente, porque en cada religión, incluida la religión judía, se considera que el elemento más crucial que hace impuro al ser humano es una infracción o una ofensa a la divinidad. Es decir, si cometes una determinada acción prohibida, si te saltas un rito, si dejas de ofrecer un sacrificio, u olvidas una oración ofendes a la divinidad.

Pero, sorprendentemente, este pecado en relación a la divinidad no se encuentra en Jesús ni en su mensaje. Para nada aparece en el evangelio la idea de ofensa a Dios. Antes del Concilio se solía recitar una oración de contrición antes de la confesión, el llamado “acto de dolor”, que decía así: “me pesa porque te he ofendido...”; así es, la idea del pecado era una idea religiosa, se recalca la idea de ofensa, un concepto que no pertenece a la enseñanza de Jesús. Pero el caso es que siempre que Jesús habla del pecado, excluye cualquier referencia a Dios. Y por esta razón Jesús nunca invita a pedir perdón a Dios en los evangelios.

El pecado, por consiguiente, no tiene nada que ver con Dios, no es una ofensa hacia Él. Dios permanece fuera de la esfera del pecado; el pecado no puede ofender a Dios sino que ofende al hombre. El Concilio Vaticano II en la “Gaudium et Spes” dice

que el pecado constituye una disminución del ser humano que le impide alcanzar la propia plenitud. **Así pues, el pecado, el hombre cuando peca, no ofende a Dios, se daña a sí mismo y a los demás.** Transformando el concepto hebreo de pureza e impureza, Jesús presenta el pecado no en relación a la divinidad, sino siempre en relación a los demás.

Y esto no ha sido fácil de asumir a lo largo de los siglos, ni siquiera por parte de una Iglesia demasiado habituada al sentido del pecado precisamente en relación a la divinidad, pero este planteamiento, como hemos visto, no aparece en ningún momento en las palabras de Jesús, quien nunca exhorta a pedirle perdón a Dios. Y bien, todo esto precisamente en abierta controversia con el mundo fariseo, en el que lo que hacía impuro era aquello que el ser humano introducía en su interior; un alimento que no se podía comer, un alimento que no había sido purificado hacía impuro. Pero Jesús muestra en el evangelio de Marcos una lista de 12 conductas, todas las cuales se refieren al hombre y no a Dios: en realidad, lo que hace impuro al hombre, es decir, el pecado, no tiene que ver con Dios sino con los hombres.

Esta novedad radical puso en crisis a los traductores, hasta tal punto que trataron de traducir al menos uno de dichos comportamientos de modo que se refiriera a Dios directamente. De hecho, donde Jesús hablaba de calumnia tradujeron con blasfemia, con la intención de salvar algo de lo antiguo. Pero hoy en día ya ningún traductor medianamente serio traduce esa palabra por blasfemia. Veamos brevemente el elenco que hace Jesús de aquello que hace impuro al hombre. Son todas acciones con las que se hace daño al otro por anteponer el propio interés.

Dice Jesús que se trata de los **pensamientos malvados**, es decir, acciones voluntariamente nocivas; no se trata, así pues, de errores o equivocaciones puntuales. Son siempre acciones voluntarias, como las siguientes: 1. **prostituciones**, y este concepto no se circunscribe al abuso sexual; se refiere al venderse por dinero, por ambición, por el afán de buscar el éxito personal. Si lo pensamos bien, veremos que en el mundo del trabajo, de los negocios, incluso en la misma familia hay muchísimas prostituciones. Muchas veces las personas se venden para obtener provecho en detrimento de los demás; 2. **robos**, 3. **homicidios**, 4. **adulterios**, 5. **avaricia**, o sea, acumular para sí: egoísmo, codicia; incluso las personas más pías y devotas si se apegan

al dinero pasan a pertenecer a esta categoría de impuros, cerrados a Dios, 6. **malicia**, 7. **engaños**, 8. **lujuria**, 9. **envidia**, 10. **calumnia**, 11. **soberbia**, 12. y extrañamente el último, que no está en último lugar por ser el menos importante, sino porque se pretende exaltar (de hecho, el primero y el último son los que mejor se recuerdan), es **la estupidez, la insensatez**.

Por consiguiente, Jesús coloca en el último puesto la insensatez, la estupidez, que no quiere señalar una carencia del individuo, una deficiencia. No. El insensato en el evangelio es aquella persona que vive para sí misma, que solo piensa en sí misma, que solo provee a sus propias necesidades. Y todos los que lo rodean, desde la familia a la comunidad social, las personas que encuentra, todas son usadas de forma instrumental para sus propios intereses. Por eso Jesús denomina esta conducta “estupidez”, porque destruye al individuo. Lo que realiza al individuo es el amor generoso que se hace servidor de los demás, pues quien vive solo para sí acaba por destruirse a sí mismo.

En el lenguaje popular se dice “feo como el pecado”; creo que esta expresión se deriva del hecho de que quien vive en pecado es una persona desagradable. En efecto, en el evangelio se dice: si tu ojo está enfermo, todo tu cuerpo está enfermo. ¿Qué quería decir Jesús? El ojo enfermo en el mundo hebreo era la imagen de la avaricia, esa persona que vive centrada exclusivamente en torno a su propio ombligo. Bien, Jesús dice: si eres una persona pía y devota pero vives centrado en torno a ti, tienes que tener cuidado porque tu vida se viene abajo, queda destruida. Lo que hace impuro al hombre no tiene que ver con sus conductas respecto a la divinidad; son siempre comportamientos voluntarios con los cuales dañamos a otra persona buscando nuestro interés, y no por error ni de forma casual.

Pues bien, los evangelistas, en el uso meticuloso que hacen de los términos, evitan todos aquellos vocablos que indican la idea de pecado como trasgresión, desobediencia o violación de la Ley. Y hacen uso sustancialmente de dos palabras:

- una ($\alpha\mu\alpha\rho\tau\iota\alpha$, amartía) que indica literalmente dirección equivocada, camino errado y precede siempre al encuentro con Jesús. Este término, pues, aparece solo referido a personas que no conocen aún a Jesús. Cuando se encuentran con él, Jesús las reorienta y les muestra otro camino, el camino de la conversión. Si hasta ahora has vivido solo para

ti, esfuérzate desde ahora en vivir para los demás; y si se produce este cambio de orientación en la vida, el pecado quedará cancelado completamente. Por eso, el término que impropriamente significa pecado es siempre usado para quien vive sin haber conocido a Jesús; el encuentro con Jesús y la subsiguiente conversión borran por completo este pecado. Y después, ¿qué sucede? Porque es obvio que estamos en un camino de crecimiento, somos imperfectos y llenos de límites.

- Lo que sucede después son los errores que cometemos en la vida cotidiana, errores propios de las personas pero que nunca reciben el nombre de pecado por parte de los evangelistas. Les llaman culpas, equivocaciones, carencias, que son eliminadas en la medida en que somos capaces de eliminar las culpas, las equivocaciones, las carencias de los demás.

Así pues, ya que el pecado no tiene nada que ver con Dios, Jesús nunca invita a pedir perdón a Dios. Si pensáis en la espiritualidad hebrea, veréis que continuamente los fieles judíos piden perdón al Señor, claman por su misericordia: Señor, ten piedad. Pero en Jesús nunca se da este lenguaje. Y esto desconcierta a las personas pías. Jesús solo invita con insistencia a conceder el perdón a los demás, nunca a pedir perdón a Dios. ¿Por qué es esto así? Bien, si yo os digo ahora que Dios me ha perdonado todos mis pecados, ¿cómo puedo demostrarlo? Deberéis creer mi palabra, pero el caso es que yo puedo engañaros. Nadie puede demostrar que Dios me haya perdonado. Incluso puedo haberme confesado, haber recibido la absolución, etc, pero esto no implica necesariamente que yo haya sido perdonado de todas las culpas. Pero si yo perdono y soy capaz de iniciar una relación normal con la persona que me ha ofendido y con la que estaba en conflicto, esto es algo que salta a la vista, es visible por parte de todos.

¿Qué quiere esto decir entonces? Que el perdón de Dios se hace visible y eficaz en el momento en que se perdona al otro. Pero en el evangelio de Juan encontramos otra expresión emblemática que tiene que ver con el pecado. Cuando Juan el Bautista contempla a Jesús, ¿recordáis con qué palabras lo señala? Dice “Mirad, este es el cordero de Dios que quita – atención al artículo determinado singular - «el» pecado del mundo” (Jn 1,29). Es muy oportuno recordar este término que aparece en singular. ¿Por qué? Por desgracia – esperamos que sea corregido en la nueva reforma litúrgica – cuando se celebra la Misa en italiano se dice poco antes de la comunión “cordero de

Dios que quita los pecados del mundo”. ¿Cuáles son los pecados del mundo? Espontáneamente pensamos en nuestros pecados. El cordero de Dios en el imaginario del pueblo es el animal sacrificado por los pecados de los hombres. Conocemos esta teología: Jesús ha muerto por nuestros pecados, ha expiado nuestras culpas. Son las cosas que se dicen con buena intención pero que crean un trauma en la psique de los niños en la catequesis... Jesús que muere por mis pecados. En fin, podía haberme dado un buen tirón de orejas por todos los que he cometido, pero morir por mí me parece una reacción exagerada... Una traducción equivocada tergiversa el mensaje del evangelio.

El evangelista Juan, así pues, no habla de los pecados, sino del pecado. Esto es importante, sobre todo porque en este texto Jesús es definido como el cordero, él no es el animal sacrificial víctima del pecado: no es el chivo expiatorio. El cordero de Dios al que se refiere Juan – conforme a la teología de su evangelio, que después tendrá su cenit en la cruz, donde Jesús viene representado como el cordero Pascual – es el cordero que Moisés pide a su pueblo que coma la noche de Pascua, la noche de la liberación de la esclavitud de Egipto, porque su carne daría la fuerza para iniciar este recorrido hacia la libertad, y su sangre derramada sobre los dinteles de las casas les liberaría de la acción del ángel de la muerte. **Este es el cordero de Dios**, que trasladado después al mensaje cristiano significa que Jesús es el cordero cuya carne, cuando se recibe, da la capacidad de realizar el camino hacia la plena liberación, una sangre que no libraría obviamente de la muerte física, pero que liberará al hombre de la muerte definitiva, concediéndole la posibilidad de continuar adelante a través de la vida.

Pero – escribe el evangelista – este cordero de Dios es aquél que quita (αἰρῶν, airon), no dice expía, sino quita, elimina el pecado del mundo. Es decir, antes de que Jesús viniera había un pecado que se cernía sobre los hombres. Este pecado era como una capa de tinieblas suspendida sobre el mundo. ¿Qué es este pecado del mundo que Jesús no ha venido a expiar, sino a eliminar?: **El pecado del mundo, según el evangelista, es el rechazo a la plenitud de vida que Dios quiere proponer a cada hombre.** Pero ¿cómo es posible volver la espalda a una propuesta de vida que es toda a favor del hombre? No parece posible. Dios quiere que cada hombre, acogiendo su amor, alcance la plena realización de sí mismo. Por consiguiente, no es un Dios que menoscabe a los hombres, no es un Dios que los limite, sino un Dios que los potencia y

les pide alcanzar una condición de plenitud humana que coincide en definitiva con la condición divina.

El proyecto de Dios es que los hombres lleguen a ser hijos suyos, que puedan compartir su misma vida. No es posible rechazar esto; entonces, ¿por qué el pecado del mundo es el rechazo a esta plenitud de vida que nos es propuesta? Por desgracia, el pecado del mundo está vinculado al crimen cometido por las autoridades religiosas que se atemorizan al ver cómo se viene abajo su montaje por medio de dicho proyecto de plenitud que Dios tiene para los hombres.

Las autoridades religiosas habían creado un sistema en el cual el hombre – fijaos en este sentido de lo impuro – se siente siempre culpable, indigno, y alejado de Dios. Entre el hombre y Dios está la institución religiosa, están los sacerdotes con sus ritos, el templo, el culto, la observancia, la ley... Y esta Ley hace que el hombre se sienta siempre en culpa, siempre indigno del amor de Dios. **Así pues, el pecado del mundo que Jesús vino a eliminar es esta capa tupida e impenetrable creada por la religión.** Es la religión la que impide a los hombres hacer posible el proyecto de Dios. ¿Y por qué sucede esto así? El proyecto de Dios es que el hombre crezca, se desarrolle y obtenga una condición humana plena, que es la de un hijo respecto al padre, o sea, plena intimidad. Y comprenderéis que si la gente acoge este mensaje, automáticamente la institución religiosa pierde todo su prestigio y su razón de ser. Los sacerdotes eran considerados mediadores entre Dios y los hombres, los hombres no podían dirigirse directamente a Dios, pues necesitaban la intervención de los sacerdotes. Pero Jesús se opone y dice ¡basta!: cuando desees rezar, cuando quieras comunicarte con Dios, hazlo directamente. No tienes necesidad de ir a un lugar especial como el templo, no necesitas pasar a través de un individuo que haga las veces de mediador, el sacerdote. Si alguien quiere hablar con el Padre, puede hacerlo siempre, existe una relación de amor sin tener que pasar por espacios y tiempos determinados. Precisamente esto es lo que alarma a la autoridad religiosa.

Por consiguiente, el pecado del mundo que Jesús vino a eliminar es la estructura religiosa que impide a los seres humanos descubrir la grandeza del amor de Dios hacia ellos. Ahora bien, ¿cómo hace Jesús para eliminar este pecado? El evangelista continúa: “he aquí aquél que bautiza en el Espíritu Santo”. Bautizar significa sumergir, impregnar,

mojar en agua a la persona; Espíritu es la misma energía de Dios; santo es la actividad de esta energía, o sea, el amor de Dios.

Jesús liberará a las personas que lo quieran de la capa del pecado que se cierne sobre ellas y hará que las personas descubran el peso destructor de la misma, de este pecado cada vez mayor que pende sobre ellas. Por ello, la acción de Jesús consistirá en comunicar a cada persona, independientemente de su conducta, este amor. Y dicho amor, si el individuo lo acoge, lo hará libre del peso y de la oscuridad creada por esa capa turbia. Será como la luz que brilla en las tinieblas.

Todos aquellos que a través del encuentro con Jesús acojan su mensaje de amor quedarán plenamente liberados, todos excepto una clase de personas. En el evangelio de Marcos se habla de un pecado que no puede ser perdonado. Pero ¿qué pecado hay que no pueda ser perdonado? Lo dice Jesús: el pecado contra el Espíritu Santo. ¿Qué puede ser este pecado? ¿Blasfemar? Por mucho que se blasfeme, que sea imperdonable parece demasiado severo. Pero resulta sorprendente que el mismo Jesús que habla a manos llenas del perdón de Dios mencione claramente este pecado que no puede ser redimido.

Hemos dicho que Jesús hace a todos su propuesta de plenitud de vida. Quien la acoge, descubre que Dios le ama, a pesar de sus culpas, o precisamente gracias a sus culpas. Es el estribillo que encontramos continuamente repetido a lo largo de todo el evangelio: Dios no ama a las personas conforme a sus méritos, sino según sus necesidades. Y esto nos muestra que la relación con Dios no está determinada por la Ley, sino por el Amor. Quien entra en esta luz sale fuera de la capa del pecado del mundo. Desaparece el pecado, porque la relación con Dios se produce de manera inmediata y plena.

Pero hay quien puede resistirse, hay quien permanece bajo la capa del pecado del mundo: son aquellos que han cometido el pecado contra el Espíritu Santo. Y este pecado solo pueden cometerlo aquellos que pertenecen a la jerarquía religiosa, las autoridades de la religión. De hecho, Jesús nunca se dirige a las personas cuando habla de este pecado, es más, dice: todas las blasfemias contra mí serán perdonadas porque son fruto de la ignorancia. Pero el pecado contra el Espíritu Santo no será perdonado,

dice Jesús, dirigiéndose a los escribas, a las máximas autoridades religiosas de Israel, las que ostentaban el magisterio infalible.

El caso es que el impacto con Jesús es devastador para la institución religiosa, porque la gente experimenta que este mensaje procede de Dios. El mensaje de Jesús no provoca escrúpulos en la gente, al revés, los elimina. No añade tampoco nuevos pecados, sino que acaba con ellos y esto se va extendiendo rápidamente como una mancha de aceite entre las personas. Entonces desde Jerusalén, que era la santa sede de la época, desciende una comisión de teólogos, el magisterio infalible, que va a examinar la acción de Jesús y emana su sentencia. Tened en cuenta que en la tradición hebrea las palabras de los escribas tenían el mismo valor que la palabra de Dios. Son personas inteligentes, estudiosas y comprenden en seguida que no pueden acallar el clamor de las personas que afirman que Jesús las ha curado: no pueden negarlo, pero dicen: sí, os ha curado, pero estad atentos porque lo hace con un poder que no viene de Dios, lo hace con la idea de infectaros un veneno nocivo, con el poder de “Belzebul” el dios del estercolero, el dios de las enfermedades infecciosas. ¿Por qué dicen esto? Repito, son gente de estudio, conocen la Escritura, saben que si Jesús se comporta así es solo porque es un enviado de Dios. Esto es indiscutible, lo saben pero no lo quieren ni pueden admitir ante los demás. Cae por su peso que solo una persona que actúa con la fuerza de Dios puede cumplir las acciones que Jesús realiza. Pero si nosotros (los escribas) admitimos que Dios está con él, significa que nos quedamos sin trabajo, vamos directamente al paro obrero, porque entonces la gente se rebelará y no dejará que sigamos guiando sus vidas, dominándoles.

Estando así las cosas, los escribas con tal de mantener el propio prestigio, el poder adquirido, afirman que está mal lo que está bien y que está bien lo que está mal, aun sabiendo que incurren en una contradicción flagrante. Éste es el pecado contra el Espíritu Santo. Las autoridades religiosas no pueden admitir que Jesús venga de Dios porque para ellos supondría un gran daño. Pero ¿qué daño?, ¿por qué un daño? Porque ellos dominan a los demás y el mensaje de Jesús es que Dios mismo sirve a los hombres. Si el mismo Dios está al servicio, ¿quién creéis ser vosotros para dominar a los demás? Pero los escribas, con tal de no perder su prestigio, su papel preponderante en la sociedad y los honores que tanto amaban, llegan a afirmar que comunicar vida a quien no la tiene no es bueno, y todo porque iría en perjuicio de ellos mismos. Esto es pecar contra el Espíritu Santo: decir que lo que es un bien para los seres humanos es un mal, y

viceversa, decir que lo que hace daño al hombre es un bien, porque sirve a sus propios y mezquinos intereses.

Como sabéis, las personas que dirigen la sociedad civil y religiosa nunca jamás admiten sus errores. Nunca dicen: “me he equivocado”, porque el poder que ostentan está sacralizado. Los poderosos, cuando es evidente que se han equivocado, desvían la atención en otras direcciones, y se les achaca la culpa a los malos consejeros, las circunstancias etc, porque el que manda no puede nunca estar errado. Y ¿por qué no puede caer en la equivocación? Si se insinúa entre la gente que esa persona tan poderosa se puede equivocar, se acaba todo: igual que ha errado ahora, puede haberlo hecho también antes y puede también incurrir en error después y no es merecedor, pues, de una obediencia incondicionada.

La gente tiene sentido crítico, no toma ya como oro puro, como voluntad divina aquello que le dicen los poderosos. La gente desea razonar con la propia cabeza. De hecho, podrían cambiar ciertas leyes, determinadas instituciones, pero no pueden hacerlo porque eso significaría reconocer que el sumo sacerdote de antes estaba en el error, y de ahí se deriva que también el de ahora o el siguiente pueden equivocarse. Este es el pecado contra el Espíritu Santo. Entonces nos preguntamos: por muy grave que sea este pecado – y de hecho lo es porque hace sufrir a las personas por salvar el propio prestigio – sin embargo, ¿por qué se dice que es imperdonable? ¿Es posible que la misericordia de Dios no sea tan grande como para poder perdonarlo? **Es imperdonable por el simple motivo de que estos nunca jamás pedirán perdón.** En efecto, estos escribas que denuncian a Jesús como un agente de “Belzebul” son los mismos que cuando Jesús cancela las culpas del paralítico, ¿qué sentencia dictan?: dicen ¿quién puede perdonar los pecados? Dios solo, por lo que éste blasfema. Así pues, si yo pienso que Jesús es un blasfemo, nunca iré a pedirle perdón; estas personas nunca reconocerán su error y nada en absoluto las moverá a solicitar perdón.

En conclusión, ¿cuál es nuestra situación a tenor de lo que enseñan los evangelios? Los evangelios nos dicen que Jesús ha elegido y ha orientado hacia el bien de los hombres la propia existencia, y cancela el pecado. Más allá de todas las culpas, los errores, las deficiencias y carencias que tenga, lo importante es que la persona se oriente siempre hacia el bien de los demás. En la primera carta de Juan hallamos una

expresión muy hermosa: “hijo, aunque tu corazón (el corazón en el mundo hebreo es la conciencia) te reproche algo, Dios es más grande que tu corazón (1 Jn 3,20).

Es decir, a todos los seres humanos nos sucede que caemos, tropezamos, pero lo importante es ponerse en pie en seguida, saber que Dios no tiene en cuenta esos pecados, que Dios no juzga nuestras acciones, sino que su único deseo es vivificar. ¿Qué hace un padre cuando ve que su hijo tropieza y cae? ¿Va en seguida a curar la herida o se dedica a reprochar la acción de su hijo dejándolo solo y sin ayuda? Si así hiciera sería un monstruo más que un padre. Es cierto, le había dicho que no hiciera así, que no corriera, que tuviera cuidado, etc, pero ante el mal que aqueja al hijo el padre se olvida de los consejos moralizantes, va, lo toma en brazos, lo consuela y trata de aliviar el daño que se ha hecho. Cualquier imagen de Dios que tengamos y no se corresponda con ésta del padre ha de ser eliminada. Si nuestra vida está orientada hacia el bien de los demás, el Señor no tiene en cuenta nuestros errores y, del mismo modo, se nos invita a no hacer demasiado caso de estas pequeñas heridas que la vida cotidiana lleva consigo.

Pregunta: A la luz de lo que has dicho, la frase de Jesús en la cruz “Padre perdónalos porque no saben lo que hacen” ¿no se dirige entonces a los escribas y a los fariseos? También quiero saber cómo se interpreta en la Iglesia la frase de Jesús: “lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo“.

Respuesta: Dios es Amor y no tiene otro modo de relacionarse con las personas que no sea el Amor. Jesús, que es la manifestación plena de este Dios, también cuando está clavado en la cruz, ofrece el perdón, o sea, hace un ofrecimiento de vida a sus verdugos, quien quiera que estos sean. Por consiguiente, la acción de Dios que manifiesta Jesús no es otra que conceder el perdón, es éste un rasgo decisivo: perdonar antes de que sea solicitado el perdón. Jesús no dice: “Padre, perdónales si se arrepienten”. Implora solo que les perdone. Ésta es la acción que cumple Dios. Y nuestro perdón debe asemejar al perdón de Dios si quiere ser auténtico. El perdón que se concede cuando es solicitado produce satisfacción a la persona, pero el perdón auténtico es aquél que precede a la solicitud.

La otra expresión a la que has hecho referencia se halla en el evangelio de Juan y está dirigida a toda la comunidad de los creyentes. Una cosa importante a tener en

cuenta es que el evangelio fue escrito para todos, y ninguna parte del mismo se refiere a un grupo particular de personas. En el pasado se pensaba que algunas secciones del mismo se referían a los monjes, al papa, a los religiosos, y apenas quedaba nada específico para los laicos. Pero no es así. Nada hay en los evangelios que no se pueda aplicar y referir a toda la comunidad y esto es importante. Os pongo un ejemplo clásico. Cuando se celebra la jornada de las vocaciones, se toma el trozo del evangelio en el que está escrito: pedid al Padre que envíe obreros a su mies. Pero esta súplica de Jesús no se refiere a vocaciones particulares, obreros especializados, sino que hace referencia a todos, todos hemos de remangarnos las mangas para trabajar en su obra. **Por eso, cuando leáis los evangelios como criterio de discernimiento, tened presente siempre esto: no existe ni una sola expresión en los evangelios que no pueda ser referida a todos sin excepción.**

Entonces, Jesús resucitado deja su mandato a sus discípulos y les confía una enorme responsabilidad: la comunidad de Jesús es definida con la imagen de la luz. Dice Jesús “yo soy la luz del mundo”, así pues, esta luz ha de expandirse. Cuantos viven bajo la capa del pecado han de sentirse atraídos por esta luz para formar parte de la misma. Y el pasado – el término “pecado” que usa Juan (amartía), el pasado injusto del que hablábamos antes – ha quedado completamente cancelado. Esta es la misión que se le confía a la comunidad: ser luz que atraiga hacia esta vida, hacia el amor, una luz que cancela el pasado de pecado.

Pero ¿puede haber personas que no soporten esta luz? ¿La luz puede resultar fastidiosa para alguien? Los delincuentes, los que practican el mal odian la luz, tienen necesidad de la oscuridad, de vivir ocultos. A ellos les resulta insufrible la luz. Y cuanto más se extiende la luz de la comunidad, más se refugian ellos en las tinieblas y en el pecado. Y ellos escogen permanecer bajo la capa del pecado.

Pregunta: Me pregunto por qué motivo Jesús, que era hebreo y había crecido dentro de esa mentalidad, decide ponerse en contra del poder religioso de la época. De dónde le viene esa cultura, cuáles fueron las influencias que él recibió de las filosofías de su entorno.

Respuesta: Lo que caracteriza y distingue a Jesús es que hasta su venida en la historia de Israel había habido enviados, profetas, pero Jesús no es un enviado de Dios, ni es un profeta. Jesús reivindica ser de condición divina: he aquí la novedad que trae Jesús, he aquí por qué él habla de una forma completamente incomprensible. Los profetas se referían siempre a “nuestros padres”, pero Jesús nunca habla en estos términos. Jesús se refiere al Padre; todo cuanto Jesús expresó no procede de conocimientos posibles, o filosofías, sino de la profunda conciencia de que en él está presente la condición divina, de ser él mismo Dios, como el Padre.

Y por tanto Jesús usa un lenguaje que a todos desconcertaba, porque era como una persona situada fuera de la esfera religiosa, ya que la religión la habían construido los hombres, pero cuando Dios se manifiesta hace comprender la debilidad de dichas estructuras. Por ello, la novedad que trae Jesús y que propone a todos con amor, es que la relación con Dios no ha de basarse en la obediencia, se trata solo de acoger su amor. Y, sobre todo, el gran crimen por el que Jesús será asesinado, o sea la relación con Dios, no se fundamenta en el código de leyes, ¿por qué?

Mirad, si nuestra vida está determinada por leyes, en las que creemos descubrir la voluntad divina, y estas leyes están escritas de una vez para siempre, resulta que se convierten en normas inmutables; pero si las distintas situaciones que vivimos no se corresponden con las que están estipuladas en la ley y si por observar la ley acabo por frustrar mi vida, sofocar mi vitalidad, ¿no es esto una contradicción lamentable? Además sucede que no todos pueden observar las leyes, y las personas se acaban por dividir entre observantes y no observantes, entre personas de méritos y otras que no lo son. Pero Jesús dice: dejad a un lado la ley. La relación con Dios no se basa en la ley, sino en el amor. Y la acogida de este amor, independientemente de mi naturaleza, de mi espiritualidad, de mis aspiraciones, es posible para todos; a nadie le está vetada. Esta es la gran novedad que trae Jesús.